

cuencia reaparecía el hombre viejo bajo el nuevo, como el brote silvestre bajo el injerto, destruyendo la obra que tantas fatigas había costado. Pero la Iglesia no se desanimaba, y el arte con que levantaba al cristiano caído no es menos admirable que el que ponía en regenerar al infiel; ignoradas por los antiguos, que no conocían frente a la falta sino una indulgencia censurable o el rigor despiadado, las instituciones penitenciarias fueron en manos de la Iglesia la palanca omnipotente con que levantó el mundo. Gracias a esta maravillosa innovación moral, la esperanza no desertaba ya de la cabecera del desgraciado pecador, y la puerta del perdón quedaba abierta eternamente al que sabía llorar sus culpas. La Iglesia había elaborado para su uso una medicina moral que continuaba la obra realizada con los catecúmenos, y la aplicaba a las almas heridas con todos los cuidados de una ternura infinita y toda la pertinacia de una ciencia que conoce el valor de sus remedios. ¿Cómo enumerar los efectos de esta disciplina augusta que, penetrando con dulzura en las tinieblas desoladas del alma culpable, lucha allí contra su orgullo y desesperación, presta oído a sus gemidos, remueve sin disgusto el fango en que languidece, la hace vomitar su veneno, la purifica, la reconcilia consigo misma y con Dios y borra, mediante una expiación voluntariamente aceptada, las últimas inquietudes de la conciencia atormentada? El misterio con que la Iglesia recubre esta fecunda tarea se parece al misterio eterno en que se dan los fenómenos de la creación, y quizá no es temerario decir que el secreto de la civilización cristiana se identifica con el secreto de la confesión.

Por otra parte, no hay que figurarse que esta obra es tan fácil para el pecador. La confesión sincera y completa de la culpa supone un esfuerzo de voluntad que es de por sí una de las reacciones más enérgicas contra el mal. A la vez, las expiaciones estaban en proporción con la falta cometida; las más graves eran rudas y terribles y capaces de poner espanto en el alma más templada. Mientras duraban, la vida del penitente quedaba como en suspenso: sin comunión, sin asistir a los misterios sagrados, sin participar de las alegrías y consuelos de la sociedad cristiana; vestido de luto, y con la cabeza cubierta de ceniza, suspiraba a la puerta del templo, en donde veía entrar a sus hermanos, y su existencia, dolorosa y desheredada, transcurría en medio de mortificaciones y austeridades que eran su rescate ante la justicia divina. Ciertas penitencias se prolongaban durante diez, quince y veinte interminables años, y aun otras duraban toda la vida. Poco a poco, y después de varias series de expia-

ciones graduadas, el penitente volvía a ocupar su lugar en medio de sus hermanos; a menudo en ese intervalo el joven había envejecido, y terminaba entre lágrimas su peregrinación terrestre con tal de salvar su alma. Al cristiano empedernido en su delito y que se negaba a expiarlo, le alcanzaban todos los rigores de la justicia; la excomunión separaba del cuerpo formado por los demás fieles a ese miembro indigno, que cesaba así de deshonrar a la Iglesia y de ser un peligro para sus hermanos. Pero hasta la misma excomunión era una forma suprema de penitencia, ya que nunca se negó el perdón al arrepentido, y antes se cansó el pecador de solicitarlo que la Iglesia de concederlo.

Debieron ser grandiosos los dulzores y los atractivos de la sociedad cristiana en aquellos tiempos, cuando se aceptaba tal disciplina para entrar en ella y tan crueles pruebas para mantenerse dentro, sin otras perspectivas terrenales que la suerte ignominiosa a manos del verdugo. Es que el alma humana encontraba allí esa vida interior que el paganismo había matado y esa salud moral que había herido tan gravemente, así como también la verdadera regla de las relaciones del hombre con Dios y con sus hermanos. El que había gustado una sola vez las puras delicias de la vida cristiana sentía el vacío y la nada de la del mundo; y, a pesar de los sacrificios que aquélla imponía, su conciencia y su razón le decían que era la única digna de él.

Esta necesidad religiosa, que es el patrimonio más noble de la naturaleza humana, sólo la satisfacía el cristianismo de modo completo. Un culto, sublime en su objeto y magnífico en su expresión, la ligaba a Dios y a sus semejantes con vínculos estrechos y suaves, reuniendo en el mismo santuario, en intervalos periódicos frecuentes, a toda la población fiel. Tales reuniones unían a la majestad del acto religioso la intimidad de la familia y el encanto del misterio; durante mucho tiempo se celebraron en las casas de los fieles ricos, y las cartas de los apóstoles nos han guardado el recuerdo de las *iglesias domésticas* de los primeros tiempos¹.

Del hogar de los fieles, y como si quisieran seguir a sus primeros fundadores hasta sus tumbas, fueron trasladadas a los cementerios subterráneos, que se convirtieron así en los primeros foros del mundo cristiano. Reunidos allí junto a las cenizas de sus mártires, los fieles se agrupaban en estrechos cubículos que sus artistas habían decorado con pinturas sagradas y a los que se llegaba por largos

¹ S. PAUL., *Ad Roman.*, XVI, 5.

corredores, iluminados acá y allá desde arriba por lucernarios. El obispo, sentado en su silla pontifical en el fondo de la cripta, presidía la santa asamblea; el pueblo cantaba himnos piadosos; los diáconos y subdiáconos leían el Antiguo y el Nuevo Testamento, siguiendo una exhortación o una instrucción y elevándose finalmente la voz de la plegaria común. Todos los que no tenían el derecho de asistir a la celebración de los misterios sagrados —catecúmenos y penitentes de diversos grados— se salían antes del momento más solemne, y cuando por fin ya no quedaban en la asamblea sino los fieles, se daban recíprocamente, en señal de alegría, el beso de paz, cumpliéndose los augustos misterios. A la voz del pontífice, vestido con ornamentos brillantes y en medio de un silencio religioso, el Dios de amor, ocultando su divinidad bajo las especies de pan y vino, descendía del cielo en medio del pueblo de los elegidos, y los convidaba a todos a su banquete sagrado, donde los alimentaba con su carne y su sangre.

Toda la vida del cristiano se concentraba en esta hora celestial, que le daba a los ángeles por convidados y a Dios mismo por alimento. Fuente inagotable de gracia y de vida, oculta en el corazón de la Iglesia, la Eucaristía renovaba continuamente la savia fecunda que corría por las venas de este cuerpo místico. Los vicios y las pasiones del siglo asediaban con sus incentivos a la sociedad austera que crecía fuera de él, pero en cuanto ésta apelaba a los sacramentos, la gracia santificante, semejante a una marea poderosísima, inundaba victoriosa sus senos más recónditos y borraba todas las huellas que el mundo hubiera dejado allí. Cada vez que el cristiano volvía del banquete eucarístico, traía nuevas fuerzas con que resistir a las seducciones del ambiente pagano y mantenerse fiel a los compromisos contraídos con la Iglesia.

Se necesitaba nada menos que una asistencia sobrenatural para afirmar el reinado de la ley cristiana en el corazón humano. Esta ley parecía, en efecto, un desafío perpetuo a la naturaleza; se complacía en humillarla declarándola caída, estorbaba todas sus tendencias y contradecía todas sus aspiraciones; imponía un silencio eterno a la voz dulce y persuasiva con que esta vieja amiga hablaba al corazón humano; prohibía al hombre escucharla; aún más: le imponía el deber de luchar contra ella y de someterla. Las órdenes imperiosas que le dirigía con este motivo se resumían en la palabra terrible y dolorosa de *mortificación!* Se trataba de convertir en adelante en deber lo que en otro tiempo se hubiera considerado como suicidio: arrancar de su alma esta carne que estaba allí tan enraizada, resistir

a esa tendencia tan agradable de su ser que le inclinaba al amor de sí mismo y a cultivar sus gustos, aprendiendo ahora a detestarse uno mismo en las manchas de su cuerpo y en las insolencias de su orgullo. Llevaba, pues, esa ley al interior del hombre un combate perpetuo entre las potencias destronadas de la carne y el soplo victorioso del espíritu. Exigía del cristiano que se hiciese soldado para combatir eternamente contra su propia carne e instintos y en pro de la autoridad extraña que tomaba posesión de su existencia. De esta vida mortal que, según la sabiduría pagana, debía ser un banquete, hacía un combate cuya recompensa no debía el vencedor encontrar sino en el cielo.

Las armas que la Iglesia ponía en manos de sus hijos para salir victoriosos de esta lucha eran de por sí muy difíciles de manejar; una era el trabajo, y la otra, la abstinencia; juntas formaban como los dos brazos de las tenazas poderosas con que el legislador cristiano aplastaba, hasta estrangularla, a la carne, que era el enemigo principal. El trabajo, ocupación de esclavos, y despreciado por el mundo como indigno de los hombres libres, era obra meritoria y santa a los ojos del cristiano. No se contentaba con sufrirlo con resignación como un decreto, sino que le aceptaba gozosamente como prenda de salvación; el trabajo se convirtió así en gloria y honor para los seguidores del Evangelio. Se recordaba a José, padre de Jesús, que había manejado las herramientas en su humilde taller de Nazaret; se tenía a la vista el Apóstol de las naciones, que ganaba su vida haciendo lona para velas y que había pronunciado estas palabras áureas: *El que no quiera trabajar, no debe comer*¹. Eran bien nuevos estos acentos, y debían resonar de modo muy extraño en el ambiente de la sociedad pagana; cuando en un epitafio romano se lee que el difunto amó el trabajo y que fué laborioso (*operarius*), hay que inclinarse con respeto: es que el cristianismo ha pasado por allí escribiendo en la lápida sepulcral la consigna del porvenir.

Sin embargo, el trabajo tenía horas de descanso, y de éstas podía aprovecharse la voluptuosidad para reconquistar el corazón, bajo pretexto de proporcionarle distracciones legítimas; pero el cristiano estaba prevenido, y, aunque su cuerpo recibiera el descanso necesario, su espíritu estaba siempre en vela. Vigilaba atentamente las ventanas por las que los sentidos se comunicaban con el mundo exterior, para impedir que las manchas de fuera penetrasen hasta el santuario de la conciencia; moderaba con restricciones enérgicas el uso de los placeres más inofensivos; se habituaba a fuerza de

¹ S. PAUL., II *ad Thessalon.*, III, 10.

disciplinas severas a prescindir enteramente de voluptuosidades, supremo fin de la existencia pagana. Los ayunos eran largos y frecuentes en la Iglesia primitiva: la continencia florecía hasta en el seno del matrimonio, y las maceraciones voluntarias contribuían a reprimir la jauría siempre alborotada de las pasiones sublevadas.

Dueño de su cuerpo en vez de ser esclavo de él, el cristiano no degradaba su morada carnal, sino que la ennoblecía. En lugar de ver en ella un vil instrumento de placer, la convertía en templo vivo del Espíritu Santo, haciéndola digna de resucitar algún día gloriosamente y de participar con el alma en la transfiguración de la eternidad. Tenía para él algo de sagrado; el suicidio le era tan odioso como el libertinaje, por significar también un atentado criminal contra un bien que le había sido prestado por Dios y del que no podía abusar. He aquí cómo, bajo el imperio de una ley austera, pero equitativa, se restablecía entre el alma y el cuerpo el equilibrio natural, que consiste en el imperio del principio espiritual y en la sumisión de los sentidos.

La regeneración de la sociedad marchaba a la par de la regeneración del individuo. Igual que todo cristiano que se ajustaba a la ley del Evangelio era un hombre nuevo, así también la reunión de esos hombres nuevos constituía una sociedad nueva. Se transformaron todas las relaciones sociales, y la dura ley de la fuerza fué sustituida en todas partes por la dulce ley del amor; la familia volvió a encontrar su armonía y su belleza; el matrimonio, que formaba su base, fué elevado a la dignidad de sacramento y proclamado a la vez indisoluble e inviolable; es decir, que el divorcio, que lo rompía, y el concubinato, que lo manchaba, fueron proscritos con igual severidad. Sin preocuparse de las disposiciones inmorales de la ley civil, la Iglesia despliega en la afirmación de sus principios sobre cuestión tan delicada una energía tranquila e intrépida. Baste recordar aquí la audacia apostólica con que el Papa Calixto proclamó el carácter sagrado de los matrimonios contraídos ante la Iglesia entre mujeres nobles y libertos o esclavos, a los que el derecho romano no reconocía sino el carácter de concubinatos.

Protegida en su pudor de mujer y en sus derechos de madre por una legislación de delicadeza exquisita, la esposa vino a ser por vez primera la compañera noble y pura del hombre, sumisa, es cierto, pero libre, y llevando ante Dios un alma del mismo valor que la masculina. Esta criatura débil y tierna, que el paganismo entregaba indefensa a sus concupiscencias brutales, fué protegida hasta con sus brazos por Jesucristo, quien ordenó respetar en ella, según la

expresión del Príncipe de los Apóstoles, a una coheredera de la gracia vivificante¹. Y para que nada faltase a la sublimidad del sacramento del matrimonio, la unión de Jesucristo con su Iglesia y el amor que le profesaba fueron presentados a los fieles como el tipo de la unión y del amor que deben reinar entre los cónyuges².

Desapareció igualmente la autoridad despótica del padre. En adelante ya no vió en su hijo a un ser sobre el que tenía derecho de vida y muerte, sino un alma que le había sido confiada por la Providencia y de la que algún día tendría que dar cuenta; por ello, olvidó la práctica de la exposición de los recién nacidos y aprendió el arte de la educación. Tal era la vida doméstica en el hogar transformado en templo, desde que se arrojó de él a los ídolos para instalar al verdadero Dios. Si la muerte venía a romper el lazo conyugal, la Iglesia veía con repugnancia que se contrajera otro: un solo amor durante la vida y una sola memoria tras la muerte debían bastar para colmar la existencia del esposo cristiano. Se ajustaba a las verdaderas enseñanzas de la religión aquel que, fiel a una memoria querida, rechazaba generosamente la esperanza de una nueva unión y santificaba su soledad por la elección voluntaria que hacía de ella; por eso, la viuda era considerada en la Iglesia como revestida de verdadera dignidad; bajo sus largas tocas negras, pasaba, recogida y pensativa, a través de alegrías y preocupaciones que no eran ya las suyas, para no interesarse más que en las necesidades y sufrimientos de los demás. No era aún la religiosa, pero tampoco era ya la mujer de mundo, y el tipo sublime de la hermana de la caridad se dibujaba ya en esta mujer vestida de luto.

Pero de todas las dignidades a que podía aspirar el alma humana, la más alta y sagrada era la de las almas fuertes y privilegiadas que, renunciando aun a las alegrías de la familia para sustraerse completamente al imperio de la carne, vivían ante Dios como ángeles, con castidad inmaculada. Las vírgenes eran las flores más suaves del jardín de la Iglesia; las velaba ésta con cuidado exquisito, estaba orgullosa de ellas, y no tenía en sus tesoros nada que estimase tanto como la pureza de las esposas inmaculadas de Cristo. El heroísmo de los mártires, la sabiduría de los doctores, la caridad de los pontífices, todo palidecía a sus ojos ante el brillo sobrenatural con que resplandecía la virginidad. Tal era su entusiasmo por esta virtud extraordinaria, que la asociaba a la maternidad misma en el culto rendido a María, madre del Salvador. Siguiendo los pasos de la Reina

¹ S. PETR., I *Epist.*, III, 7.

² S. PAUL., *Ad Ephes.*, V, 22-23; *Constitut. apostol.*, VI, 28.

de las Vírgenes, se agrupaban innumerables jóvenes cristianas que, en medio del fango del mundo, guardaban intacta la blancura de su inocencia. La Iglesia, al ofrecer a la veneración de sus fieles los ejemplos de Lucía, Agueda, Cecilia e Inés, les enseñaba a honrar al sexo que había producido esas maravillosas criaturas. La aureola de las vírgenes cubría con su resplandor a todas las mujeres; su pureza se reflejaba aun en las esposas, y el matrimonio cristiano debía buena parte de su dignidad a las que habían sabido renunciar a él.

Al llamamiento de la caridad se convertían en sagradas todas las debilidades que la sociedad antigua aplastaba con sus desdenes; la veneración de los fieles rodeaba la blanca cabeza del anciano, que hacía revivir el tipo augusto del patriarca; el candor del niño era presentado a todos como ejemplo, ya que era necesario asemejarse a él para entrar en el reino de los cielos; los andrajos del pobre eran glorificados, porque cubrían el cuerpo de Jesucristo mismo; los esclavos eran respetados como hermanos, ya que el propio Cristo había muerto con muerte de esclavo; los ignorantes, los enfermos, los deformados, en una palabra: todos los desheredados de este mundo, se sentaban a la mesa del Señor junto a los poderosos y los ricos, extrayendo de su propia desgracia cierta dignidad especial.

Todas las superioridades accidentales de que estaban revestidos los fieles en el mundo se dejaban, como otros tantos disfraces de teatro, a la puerta de la comunidad, donde resonaban con eco infinito aquellas palabras inmortales del Apóstol de las gentes: *No hay ya entre vosotros distinción entre judío y gentil, ni entre libre y esclavo, ni entre hombre y mujer: todos vosotros sois uno en Jesucristo*¹. Fiel a estas enseñanzas, la Iglesia parecía complacerse en ignorar las distancias que las condiciones sociales creaban entre sus diversos hijos; se las hacía olvidar ante los altares, o evocaba su recuerdo con dulce ironía, recordando a los señores que eran los esclavos de Cristo, a los esclavos que eran sus libertos, y a todos que eran hermanos, creados por el mismo Dios, nacidos de los mismos padres y rescatados por el mismo Redentor. Este dulce nombre de hermanos, expresión suprema de los sentimientos inspirados por el lazo social, ya no había de desaparecer nunca del lenguaje de los hombres, por estar bajo la protección de la religión que hacía de la fraternidad no sólo una obligación moral, sino también una realidad histórica y hasta un artículo de fe. ¡Tan verdad es que las costumbres tienen

¹ S. PAUL. *Ad Galatas*, III, 28.

como base a las creencias, y que en el fondo de todos los progresos sociales late el dogma que los ha engendrado!

¡Caridad!: éste era el mandamiento que resumía todos los demás; ésta era la última palabra de la religión cristiana. "Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, era —según había dicho el Maestro— toda la ley y los Profetas"¹. "Aunque hablase la lengua de los ángeles y la de los hombres —había añadido San Pablo—, aunque tuviese la ciencia de todos los misterios y estuviese animado de la fe que mueve las montañas, sin la caridad sólo sería como un címbalo sonoro, como una campana retumbante"². "¡Amaos los unos a los otros!", repetía con insistencia conmovedora el último apóstol sobreviviente³ a los fieles que recogían de sus labios los ecos de las palabras del Salvador.

Ciertamente, en medio de su sublime novedad era un yugo bien suave y liviano aquel que imponía como deber sagrado el sentimiento más dulce del alma humana, y los cristianos lo llevaban con alegría. Perseguidos o desdeñados por el mundo, se estrechaban, se consolaban, se sostenían, se animaban mutuamente y se complacían en saludarse en esas santas asambleas en que Jesús estaba en medio de ellos. La comunidad voluntaria de bienes temporales, tal como la habían practicado los primeros fieles en Jerusalén, permanecía ante sus ojos como un ideal de perfección social, al que debían volver más tarde aquellos que aspiraban a realizar todos los consejos evangélicos; entre tanto, conservaban su recuerdo en las comidas comunes en que se juntaban con frecuencia a la salida de los santos sacrificios, y a las que daban el nombre de ágapes, es decir, banquetes de amor. Los ricos costeaban ordinariamente estos modestos festines; además, se proveía a las necesidades periódicas de la comunidad por el establecimiento de una caja común, alimentada mediante cotizaciones voluntarias y administrada por los diáconos bajo la dirección suprema del obispo.

Esta caja, en la que el óbolo de la viuda era más apreciado que la largueza del rico, proporcionaba los recursos necesarios para el sostenimiento del culto, la alimentación de los pobres, la educación de los huérfanos, los funerales de los muertos, el rescate de los esclavos y demás obras que el genio inventivo de la caridad cristiana, apenas salido de su cuna, sembraba a manos llenas en torno suyo. El amor que la vaciaba, la llenaba con análoga alegría, porque la

¹ *Evangelio* de SAN MATEO, XXII, 37-40; de SAN MARCOS, XII, 29-31; de S. LUCAS, X, 27.

² S. PAUL., *I ad Corinth.*, XIII, 1-3.
³ S. HIERONYM., *Comm. in epist. ad Galat.*, III, VI, 10.

felicidad consistía en privarse y en dar, y se consideraba más rico el que, a ejemplo del diácono Lorenzo, poseía más pobres.

Era ésta una solución nueva y radical del problema social; la Iglesia, al solicitarla de la cooperación de todos sus miembros, les hacía conseguir a todos simultáneamente esa felicidad que es el fin último del hombre. La sociedad cristiana era, en toda la extensión del vocablo, una sociedad feliz; iluminaba las almas y calentaba los hogares; los fieles vivían en la paz de su conciencia tranquila, se regocijaban en el Señor, según el precepto del Apóstol, y se preparaban a su advenimiento con espera llena de confianza. De lo íntimo de sus santuarios, excavados bajo los cimientos de las grandes ciudades, lo que se elevaba hacia el cielo no era la voz de las lamentaciones, sino perfumes de gozo e himnos de esperanzas. Una sonrisa perpetua iluminaba el rostro de estos cristianos primitivos que vivían en la noche de las catacumbas, y a los que se ve brillar, a través de los espacios tenebrosos de la historia, con resplandor dulce y tranquilo.

Tal serenidad contrasta de modo extraño con la situación precaria y dolorosa en que la sociedad pagana colocaba al Evangelio: el mundo le consideraba y le trataba como extranjero, es decir, como enemigo, ya que no gozaba de existencia legal, puesto que nunca había solicitado ni obtenido el carácter de religión autorizada por el Estado. Se hallaba, pues, bajo la amenaza de las penas severas que pesaban sobre todos los cultos no reconocidos, y hasta estaba expuesto a que se le aplicasen los castigos relativos a las prácticas supersticiosas y mágicas. Más aún: por implicar el culto cristiano la reunión y la oración en común, también caía la Iglesia bajo la acción de las leyes que prohibían las reuniones secretas. Finalmente, su organización social y su jerarquía estaban contaminadas de la misma ilegalidad, ya que el Estado prohibía recelosamente toda clase de colegios, es decir, de asociaciones independientes de él. La Iglesia no tenía, pues, aire respirable en la atmósfera sofocante de la legislación romana: era sediciosa, por decirlo así, por el hecho mismo de su existencia. En tales condiciones es difícil imaginar cómo hubiera podido afrontar durante trescientos años todos los furros del Imperio, si no hubiera habido en la tupida red de la legislación imperial algún agujero por donde escabullirse.

En efecto, las prohibiciones rigurosas dictadas contra las asociaciones particulares tenían una excepción en favor de las asociaciones funerarias. Aun en la época en que la ley prohibía todas las demás, toleraba a éstas, creyendo que no había mucho que temer de gentes que sólo se asociaban para procurarse sepulturas. Estas

asociaciones o colegios funerarios, legalmente reconocidos, tenían su organización, sus bienes comunes, su caja, sus asambleas periódicas, sus banquetes, y, muy especialmente, sus cementerios comunes, en los que sus miembros estaban seguros de la inviolabilidad de su última morada. La Iglesia, que reúne a sus hijos en la muerte al igual que en la vida, revistió con relación al Estado el carácter de colegio funerario, y obtuvo bajo ese título la propiedad legal de sus sepulcros; se asimilaba así legalmente a esas numerosas sociedades plebeyas, cuyos humildes columbarios se encuentran hoy diseminados en el subsuelo de la Ciudad Eterna. Su obispo, inscrito en los registros del fisco como el jefe reconocido de la asociación, pagaba en su nombre el impuesto a que estaban sujetos los colegios de esta clase. Al abrigo de esta cobertura legal, la Iglesia pudo esconder los tesoros de su fe y de su culto, pues la ley no bajaba a sus sepulcros para averiguar lo que se hacía allí en las tinieblas.

Por otra parte, la Iglesia procedía con la mayor prudencia respecto a los profanos; no iniciaba a los catecúmenos sino paulatinamente, y sólo revelaba el secreto eucarístico a los fieles. Un lenguaje de figuras y de emblemas facilitaba la discreción de los iniciados, y, sin deber su origen a la necesidad del misterio, el simbolismo cristiano fué, sin embargo, su salvaguardia. Quien hubiera bajado a los santuarios subterráneos de las catacumbas para sorprender lo que los cristianos ocultaban con tanto cuidado, no habría encontrado más que cámaras mortuorias adornadas conforme al gusto y las ideas de la época; las inscripciones sólo le habrían mostrado nombres, y los frescos de las paredes habrían presentado a su vista los temas favoritos de la pintura decorativa de los paganos. Ni siquiera habría sospechado el sentido místico de aquellos peces, de aquellas áncoras y de aquellas palmas que figuraban con profusión sobre los sarcófagos, y nada le habría llevado a adivinar que aquellas tumbas oscuras eran la cuna de una revolución sin precedentes en la historia del género humano.

Pero a pesar de lo encerrada que estaba, la Iglesia no podía impedir que se esparciese por el mundo el perfume de sus virtudes, dando testimonio de ella ante los hombres. Desde luego se reconocía a los cristianos por la pureza y dulzura de su vida, pues no exponían a sus hijos, no repudiaban a sus mujeres, ni maltrataban a sus esclavos, y los abortos y los vicios antinaturales eran desconocidos entre ellos. En la época de San Justino se conocía que una persona se había hecho cristiana cuando se le veía renunciar a los vi-